AVENTURAS DE UN MIRLO BOBO, LLAMADO JOAQUÍN

(CUENTO PARA NIETECILLOS)

Pues había una vez un mirlo, llamado Joaquín, que era muy imprudente y le gustaba meterse en todos los agujeros que encontraba en el jardín, lugar donde habitualmente convivía. Algunas veces le acompañaban sus amigos en las aventuras que organizaba (menos la guarra de la urraca que se comía todos los huevos de sus nidos), aunque la mayoría de las veces terminaban lamentando sus correrías, piando amargamente. Sus amigos le tenían miedo porque era muy arriesgado y valiente, y cuando les invitaba a alguna de sus aventuras, algunos no querían acompañarle por temor a acabar mal.

Una vez, jugando con unos amigos, volaron hasta la ventana de una cocina, miraron en su interior y vieron cómo el cocinero estaba haciendo una bonita tarta de nata. Joaquín se la quedó mirando, porque era muy goloso, y aprovechando que el cocinero salió de la cocina, y había dejado la ventana abierta, dijo a sus amigos:

-*Vamos a entrar a la cocina, ya que se ha marchado el cocinero y, entre todos, nos comemos la tarta en menos de un pis-pas.*

Pero los amigos no estaban muy seguros de correr esa aventura y, además, algunos de ellos no eran muy golosos. Joaquín insistió en entrar a la cocina pero sus amigos, más prudentes, le dijeron:

-*Entra tu solo y nos lo cuentas, y si no hay peligro nos llamas y pasamos...*

Así lo hizo Joaquín, y cuando estaba cerca de la tarta, la vio tan apetitosa que prefirió comérsela él solo sin la compañía de los amigos.

-No vengáis. (Dijo a los amigos que le observaban por la ventana). No paséis porque seguramente va a venir el cocinero y si nos descubre no vamos a tener tiempo de escapar todos. Yo os llevaré algún trozo de tarta a la ventana para que picoteéis un poco…

Con estas palabras engañó a sus amigos porque lo que le apetecía era comerse la tarta él solo. Y se dispuso a celebrar el festín.

-Empezaré por arriba, pensó. Porque he visto unas bolas rojitas que deben ser muy dulces y cuando me las coma ya probaré la tarta.

Así lo pensó y así lo hizo. Subió encima de la tarta y comenzó a picotear las guindas rojas que adornaban la misma. Estaban un poco duras, pero terminó comiéndoselas todas, hasta que no dejó ni la muestra.

Estaba tan entusiasmado con el banquete, que no se dio cuenta de que cada vez sus patitas se hundían más y más en la nata de la tarta, hasta que le cubrió parte del cuerpo.

-¡*Jolines! ¿Y ahora qué hago? ¡No puedo moverme! ¡Me hundo! ¡Sacarme de aquí…!*

Los amigos le oían pero no movían un ala para sacarle de la tarta. Bien al contrario, comenzaron a reírse de él y a insultarle, deseándole todos los males de la tierra.

-Glotón, mal amigo. ¡Ojala te llegue la nata hasta el pico! A ver si revientas por goloso y agarras una cagalera que te vas por las patas abajo. ¡Gilipollo!

Cuando más hundido estaba, entró el cocinero y vio a Joaquín que le llegaba la nata hasta el pico.

-¿Qué haces tú ahí, pajarraco bobo? Así que querías cometerte la tarta, ¿Eh? ¡Pues toma y toma!

Y diciendo esto, el cocinero le arreó un par de capones en la cabeza y le arrojó por la ventana. Sus amigos, al verle, no paraban de reírse de él y le cantaban esta canción:

Al pajarito Joaquín
Le han dado un buen sobo
Por goloso y por glotón
El cocinero le llama bobo

Pero Joaquín no escarmentaba. Ocurrió que, otro día, volaba por el jardín y vio, desde un árbol, cómo jugaban al pádel unos señores. Como el suelo era verde creyó que era hierba y pensó:

-Estos tíos están jugando con una pelota y no se comen la hierba con lo buena que debe saber. Además, debe haber muchos gusanos viviendo ahí.

Aprovechando que los señores salieron de la pista a beber agua y descansar algunos minutos, Joaquín decidió volar hasta el suelo de la misma y comenzó a picotear la moqueta.

-¡*Qué asco, sabe muy mal esta hierba! Me voy volando de aquí.*

La urraca que le vio comenzó a reírse de él:

-Bobo, más que bobo, no te enteras de nada. Por glotón y curioso te va a dolor la tripa después

Pero cuando intentó salir volando, se dio un golpe contra los cristales de la pista. Así lo intentó varias veces pero no lograba salir porque no sabía que los cristales no se podían traspasar. El muy bobo lo intentaba y cada vez que lo hacía, un nuevo coscorrón se daba contra los cristales. Así varias veces hasta que entraron los señores a jugar nuevamente y le vieron en el suelo cansado y atontado, de tantos golpes como se había dado contra los cristales.

- Mirad compañeros, aquí hay un pájaro medio muerto. (Dijo uno de los jugadores). Seguramente ha entrado por arriba y ahora no sabe salir.

Entre todos le ayudaban a salir, pero el muy bobo no se dejaba coger y cada vez que lo intentaban los señores emprendía el vuelo y, ¡Zas! Otro golpe contra los cristales. Así estuvieron intentando sacarle de la pista, hasta que uno de ellos logró cogerle y le sacó fuera del recinto. Al principio,

cuando intentaba volar, se mareaba un poco por tantos golpes como se había dado en la cabeza. Pero a los pocos minutos comenzó a volar y se marchó.

-¡Ay, Ay, Ay! Como me duele la cabeza, piaba.

Cuando oyeron sus lamentos, los amigos se acercaron para ver lo que le pasaba. Joaquín les contó su aventura y todos ellos comenzaron a reírse de su nueva hazaña.

-No escarmientas Joaquín. Siempre te pasa algo. Le decían. Un día te vas llevar un serio disgusto, por bobo.

Y, a coro, le cantaban:

A Joaquinito desde ahora le llamaremos bobito
Y por ser malo, algún día le van cortar el ***pito***

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.